



ENTREVISTA CON AUGUSTO ROA BASTOS

Javier M. González

Augusto Roa Bastos es el escritor paraguayo más conocido fuera de su país. Para muchos será seguramente el único, ya que poco trasciende del Paraguay en el exterior, ya sea en la literatura o la política. Roa Bastos, nacido en Asunción hace 68 años, debe iniciar el viaje de su primer exilio a los 30. Aún no había escrito su primera novela. En el Paraguay quedaron las primeras tentativas literarias y una sólida labor periodística. Con los años desembocará en la novela sin abandonar el cuento y otros géneros, que van del guión cinematográfico al teatro, pasando por la canción popular. Además de escritor, Roa Bastos es un símbolo del Paraguay dolorido. Sobre él pesa la prohibición expresa de ingresar a su país. El régimen del general Alfredo Stroessner —el mismo que dio la ciudadanía paraguaya a Mengele— priva a Roa Bastos del derecho a vivir en su patria.

—¿Cuándo empezó a escribir Augusto Roa Bastos?

—La mía es una historia frecuente del escritor que comienza a escribir muy joven. En mi caso es a los 13 años, más o menos, bastante estimulado por mi madre. Era un momento en el que en el Paraguay comenzaba una etapa muy dura, en el primer estallido de la guerra del Chaco, entre Paraguay y Bolivia. Empecé con pequeños esbozos. Había hecho un relato basado en la historia bíblica de Jacob, que eran las cosas que nos leía nuestra madre. Y eso quedó perdido hasta que un día volví a encontrar el manuscrito. Hacía más de 30 años que había desaparecido. Este, digamos, viene a ser prácticamente el texto de iniciación, para mí, en la literatura.

—Y hay un por qué...

—Debe haber, lo que pasa es que no lo conozco. Siempre hay una causa, evidente o se-

creta. La escritura es una de las tentaciones más frecuentes para los niños que crecen en un ambiente hogareño de pequeña burguesía culta, donde hay siempre posibilidades de lecturas. Y todo eso dado en un medio semisalvaje, en un pueblecito donde mi padre había ido a trabajar. De manera que la escritura se presentaba algo así como una especie de camino de escape.

—Usted ha hablado de la guerra del Chaco, una guerra en la que participó...

—Sí, en cierta manera sí, porque yo fui como voluntario a la guerra a los 14 años. Por mi edad no me permitieron pasar al frente, pero me designaron a servicios auxiliares que, por momentos, me hacía sentir nostalgia del frente. Porque siempre la retaguardia es peor que el frente de batalla. Por ahí pasan los desechos terribles de la guerra, en sus formas más cru-

das. Uno de los trabajos era vigilar a los prisioneros bolivianos, enterrar a los muertos, en fin..., todo ese tipo de actividades que no eran nada agradables. Era preferible afrontar la muerte en el frente.

—*Después vivió la segunda guerra mundial como corresponsal.*

—El final, en Londres. Eso se debió a la invitación de una entidad británica, el *British Council*. Era el momento en que venían algunos barcos ingleses a cargar trigo en la Argentina y que después tenían que hacer el regreso en un gran convoy por el Círculo Polar Ártico. Yo viajé en uno de esos barcos y llegué a Londres cuando todavía caían bombas, las famosas V-2 de Von Braun, que después iba a ser el padre de los cohetes. Es una experiencia también terrible.

—*Las dos guerras le dejaron algún poso literario...*

—Sí, pero fundamentalmente humano. Fue una experiencia totalmente traumatizadora. Por lo que es la guerra en sí, la violencia infernal y la agudización de un rechazo profundo con respecto a todo lo que pudiera parecerse a esa experiencia. Para mí la guerra no fue, para nada, una atracción romántica. Son circunstancias que las viví muy duramente. Yo creo que en el primer caso, cuando uno va saliendo de esa etapa de la pubertad en que va descubriendo el mundo, más que ir hacia la aventura de la guerra era descubrir lo que hay detrás de esa aventura, en qué medida el hombre se transforma. Y he visto en ese aspecto muchos acontecimientos absolutamente inesperados. La transformación de un hombre, para bien o para mal. Por lo que

yo tuve ocasión de ver, toda guerra es un campo terrible de distorsión de la condición humana. Es lo que estamos viendo ahora por los noticieros en la guerra Irán-Iraq, en el Líbano, en Afganistán, en cualquiera de esos lugares...

—*Usted ha dicho, en uno de sus cuentos, que el destierro era la ocupación casi exclusiva de los paraguayos...*

—Bueno, yo creo que más que una ocupación ha formado parte de la vida social e histórica no sólo del Paraguay, sino de América Latina en general. El destierro, el exilio permanente, ha sido un poco el vaivén individual o de grandes masas humanas, que tenían que expatriarse o eran arrojadas al destierro por toda esta violencia de la postcolonialidad y de la neocolonialidad.

—*En su caso concreto, ¿cuándo y por qué se produce el exilio?*

—Justamente cuando estalla una insurrección de carácter civil y militar al norte del país, en el año 1947. Yo estaba como jefe de redacción de un periódico independiente, el único periódico independiente. Y fue asaltado por las tropas de otro dictador que tuvimos, Moriñigo. Incendiaron las máquinas y los del periódico tuvimos que huir por las azoteas. De ahí tuve que exiliarme.

—*Usted ha sido periodista, autor de novelas, cuentos, poemas, canciones populares... ¿En algún momento hizo esto para sobrevivir o es que realmente necesitaba probar todos esos campos?*

—Hoy pienso que fueron tentativas de comunicación a distintos niveles. El periodismo, la novela, la canción popular, en fin, todas estas acti-

vidades de la palabra, son tentativas de comunicación con el semejante.

—*¿De qué manera condiciona el bilingüismo paraguayo el planteamiento del escritor?*

—Lo condiciona de raíz, porque el bilingüismo en el Paraguay es un fenómeno muy profundo. Hay dos universos culturales que están en colisión constante. La cultura de origen guaraní, con su lengua propia, que ha sobrevivido, y que es la verdadera lengua de comunicación nacional y popular, y el castellano, que ha sido muy deformado. De manera que nosotros tenemos un castellano paraguayo y un guaraní paraguayo. Hay una ruptura de base, una cultura escindida. En cierto modo yo creo que tiene características patológicas. Yo lo suelo llamar la esquizofrenia lingüística del paraguayo. Es terrible ese duelo de dos idiomas de genio distinto, de naturaleza diferente, que se enfrentan con el predominio de mundos también diversos. El guaraní cubre todas las necesidades de comunicación afectiva, los espacios sensitivos, irracionales. El castellano, en cambio, es una lengua dominante, de carácter oficial, culta con comillas y ejerce también su presión.

—*Usted es prácticamente el único escritor paraguayo conocido internacionalmente. ¿Existe una vida cultural dentro del país?*

—Sí, cómo no. Sobre todo en algunas actividades artísticas como, por ejemplo, las artes plásticas, que son las que han tomado la delantera en la actividad cultural paraguaya. Después está la música, la poesía, el teatro mismo, tanto en guaraní como en castellano... Lo que no hay en Para-

guay es todavía una narrativa orgánica, no hay un cuerpo de tradición. Y esto es grave porque significa un déficit considerable en un país que ha tenido una vida histórica muy movida, llena de acontecimientos y vicisitudes. Hay aquí, en potencia, larvada, una necesidad de comunicación. Más que de carácter historiográfico, de carácter narrativo. Lo que está sucediendo es la lenta formación de una narrativa paraguaya con un siglo de atraso en relación a los demás países.

—*Su primera novela, Hijo del hombre, la publicó en la Argentina. ¿Se planteó la obra a causa de su alejamiento del Paraguay?*

—Yo tendría que decir que toda mi obra escrita la he hecho en el exilio, en Buenos Aires concretamente. Yo había escrito poesía en el Paraguay, porque en estos países donde no hay posibilidad de edición se crea una actividad cultural y sobre todo literaria, juglaresca. Los muchachos andan con sus poesías en el bolsillo. Además, en este caso, la poesía resulta la tarea más fácil, más módica, sea buena o mala. Yo hacia de la mala, lo descubrí a tiempo y dejé de hacer poesía.

—*Su novela más conocida es Yo, el Supremo. Aunque está ambientada en la época del Doctor Francia yo me pregunto si la hubiera escrito de no existir Stroessner.*

—Sí, yo creo que sí. En realidad el fondo esencial de la novela no tiene que ver con un personaje histórico. Y la reflexión sobre el poder absoluto ha sido la obsesión más vieja de la humanidad. Hubiera tenido, quizá, otro cariz, pero pienso que es un tema que había estado larvado mucho tiempo en mí. Ade-

más, yo no quise hacer una obra histórica. Por eso me empeñé en desfigurar completamente todos los referentes históricos, porque no creo que se puedan superponer los géneros. La historia como materia prima de la obra de ficción es distinto. Además lo que en América Latina llamemos historia, por la historiografía oficial, no tiene ningún valor. Al contrario, es una realidad mentirosa que los que escribimos ficción nos empeñamos en transgredir en todas las formas posibles. El testimonio del poder está dado a través de una falsa visión de la historia vivida.

—*Gran parte de su exilio transcurre en Buenos Aires, hasta que en el año 1976 viene a Europa. ¿Qué le ha quedado de esta etapa argentina?*

—Bueno, lo de mi vida en Argentina ha quedado como uno de los islotes que verdaderamente cuentan en mi vida; todo lo demás ha sido accesorio. El hecho de salir de la Argentina se debe a que la dictadura militar estaba comenzando a desplegar esa especie de hecatombe que comenzó aparentemente sin mucha bambolla pero que después... De manera que había una necesidad de escapar de esa temperatura un poco siniestra que se estaba incubando. Eso coincidió con que me habían contratado en Francia para la Universidad de Toulouse, como profesor asociado. Así que coincidieron dos motivos para que yo me alejara de la Argentina, pero mi deseo más profundo es volver. Concretamente a Buenos Aires, porque es ahí donde hice todo mi trabajo. Y en un ser humano que ha vivido prácticamente toda su vida en huidas, en peregrinaciones, en incertidumbres de tiempo y espacio, esa zona de tiempo

que está dada por el trabajo constituye una de las pocas certezas que le quedan.

—*¿Qué significa el nacionalismo para usted?*

—Yo creo que he perdido esa especie de sentimiento nacional, esa especie de chauvinismo nacionalista, por una conversión al carácter latinoamericano. Yo me siento un ciudadano latinoamericano, además de ser un ciudadano español. Descubrí, a través de viajes concretos, que uno de los aspectos de artificialidad de América Latina es las fronteras que le han impuesto los intereses de los imperialismos de turno.

—*¿Qué ha pasado con la cultura paraguaya en estos últimos treinta años?*

—Paradójicamente ha crecido. Después de treinta y un años de dictadura totalitaria, como es la de Stroessner, después de un siglo de otro tipo de dictaduras y caudillejos, la cultura ha tratado de desarrollar sus propias virtualidades. Pese a la dictadura en el Paraguay hay, en estos momentos, una fuerte actividad cultural como no ha habido en otras oportunidades de la historia del país. La dictadura podrá decir que es obra suya, pero evidentemente los hechos la desmienten.

—*¿Cómo puede seguir escribiendo del Paraguay después de tantos años de exilio?*

—Bueno, uno lleva su país, lleva su pasado en sí mismo. Yo para escribir sobre el Paraguay no necesito pensar en el Paraguay, es una cosa que se da naturalmente. La memoria trabaja a su modo, distorsiona, cambia las cosas, pero siempre está hablando de lo mismo. De manera que ese

es el tema permanente de mis obras.

—¿Ha podido volver a su país desde el primer exilio?

—Sí. He vuelto varias veces, en visitas furtivas. La última fue en el 82, cuando me expulsaron definitivamente. Quedé incluido entre los tres ciudadanos paraguayos que no pueden entrar, que tienen expresa prohibición de entrar. Los otros son dos dirigentes políticos: Domingo Laíno, dirigente del Partido Liberal Radical Auténtico y Luis Resck, de la democracia cristiana. Y yo, que no pertenezco a ningún partido político.

—Sin embargo sí tiene una clara actividad política, sobre todo en los últimos tiempos...

—Es que el hecho de no pertenecer a ninguna agrupación política no quiere decir que yo sea apolítico, sino todo lo contrario. Quizá yo sea el político que vive más intensamente la vida política. Porque yo no puedo parcializar, ni como escritor ni como hombre, a través de partidos políticos que históricamente son deficientes. Yo no estoy en contra de los partidos políticos, que ocupan su lugar en la historia del país. Lo que pasa es que a mí no me satisfacen completamente. Yo estoy en constante comunicación, en constante discusión con la gente de estos partidos, con sus dirigentes, con sus gentes de base. Y hago una labor política muy intensa. Una de las cosas buenas que han ocurrido en mi vida de político no-político ha sido que se ha reconocido la posibilidad de la utilización de esta posición. Yo creo que, en este aspecto, la posibilidad de mediación que yo puedo aportar a la lucha política de mi país es muy interesante.

—Y cuál sería, definido en grandes líneas, el modelo político que quisiera ver en el Paraguay...

—Hay que partir siempre de una realidad concreta. En este momento lo que el Paraguay destruido, envilecido, degradado, toleraría y exige, es la transición a una etapa de recuperación democrática. Una etapa que puede ser bastante larga y en la que no se puede hablar de ninguna fórmula política. Acá hace falta un proyecto nacional que sea compartido por los partidos de oposición. Y que esta entidad que ahora existe, el Acuerdo Nacional, que está compuesto por cuatro partidos democráticos, se transforme en una entidad de unión nacional sobre la base de un proyecto político nacional. Y tiene que orientar la salida transicional del autoritarismo totalitario hacia la posibilidad de una recuperación democrática. Allá no tenemos fuerzas de recambio ni árbitros, como hubo en España, o como existió en Argentina, en Uruguay o en Brasil. Nosotros estamos allá en la intemperie total. Hay que generar una estructura arbitral, en este caso yo creo que correspondería en gran parte a la iglesia católica y a las distintas confesiones. Se necesita también un trabajo bastante largo sobre la recuperación institucional de las Fuerzas Armadas, de las que no se puede prescindir. Yo, por supuesto, querría que el Paraguay evolucionara hacia la instauración de un socialismo democrático, que es el que puede resolver a mediano y largo plazo los grandes problemas del Paraguay. Y existen en gran medida esas posibilidades. Pero por el momento no se puede pensar en nada de eso; o por lo menos yo no alcanzo a discernir eso.

—Volvamos de nuevo a la literatura. ¿Qué escritores lo impulsaron a convertirse también en escritor?

—Yo cito siempre, de una manera muy conmovida y con enorme gratitud, a dos escritores españoles que están en la raíz de mi formación literaria: Rafael Barret, un español que estuvo en Paraguay en la primera década del siglo, y Josefina Plá, una española canaria que fue al Paraguay muy joven y que para nosotros constituye realmente una figura nacional de enorme valor. Ella tiene ahora más de 80 años y es una institución de cultura que ha ayudado a descubrir muchos campos totalmente desconocidos, cubiertos, de la cultura paraguaya. Estos son mis dos maestros conocidos y confesados; si hay otros, no lo sé.

—Usted asistió recientemente en Madrid a un congreso de jóvenes escritores latinoamericanos. ¿Hacia dónde va la joven literatura del continente?

—Hay una visión y una concepción nueva del compromiso. Hay también una mayor audacia en la concepción de la escritura como medio de comunicación. Hay necesidad de que nuevos autores ocupen la escena y traigan su contribución bajo la ley del tiempo que les toca vivir. Esto sí me preocupa fundamentalmente y me llama la atención: que los colegas consagrados no hayan reparado en este hecho muy simple y al mismo tiempo muy complejo; hay una obligación moral por parte de nosotros, que somos los más viejos, para comprender y ahorrar pérdidas de tiempo inútiles. La militancia en cualquier tipo de actividad humana, la política o la cultural, exige una gran dosis de gene-

rosidad, no el simple egoísmo de estar en las hornacinas y convertirse en monstruo sagrado. Me parece que esto implica una responsabilidad moral muy grande.

—¿Qué está escribiendo ahora Roa Bastos?

—Estoy terminando una tercera novela de una trilogía que comenzó con *Hijo de hombre* y siguió con *Yo, el Supremo*. Esta tercera se llamará, posiblemente, *El fiscal*. Son novelas autónomas en sí, pero que en su conjunto forman un gran friso de la vida

paraguaya y de la condición humana en una circunstancia histórica determinada. Yo no hago novela histórica ni novela regional, pero me gusta encontrar circunstancias reales y concretas de las cuales partir para la invención de la literatura de imaginación.

¿Armamentos o desarme?

ABM radars within no more than six ABM radar complexes, the area of each complex being circular and having a diameter of no more than three kilometers; and (6) within one ABM system deployment area having a radius of one hundred and fifty kilometers and containing ICBM silo launchers, a Party may deploy: (1) no more than one minirad ABM launcher and no more than one hundred ABM interceptor missiles at launch sites, (2) two large phased-array ABM radars comparable in potential to corresponding ABM radars operational or under construction on the date of signature of the Treaty in an ABM system deployment area containing ICBM silo launchers, and (3) no more than eighteen ABM radars each having a potential less than the potential of the smaller of the above-mentioned two large phased-array ABM radars. Article II: The limitations provided for in Article III shall not apply to ABM systems or their components used for development or testing, and located within current or additionally agreed test ranges. Each Party may have no more than a total of fifteen ABM launchers at test ranges. Article IV: 1. Each Party undertakes not to develop, test, or deploy ABM systems or components which are sea-based, air-based, space-based, or mobile land-based. 2. Each Party undertakes not to develop, test or deploy ABM launchers for launching more than one ABM interceptor missile at a time from each launcher, nor to modify deployed launchers to provide them with such a capability, nor to develop, test, or deploy automatic or semi-automatic or other similar systems for rapid reload of ABM launchers. Article V: To enhance assurance of the effectiveness of the limitations on ABM systems and their components provided by this Treaty, each Party undertakes: (a) not to give missiles, launchers, or radars, other than ABM interceptor missiles, ABM launchers, or ABM radars, capabilities to counter strategic ballistic missiles or their elements in flight trajectory, and not to test them in an ABM mode; and (b) not to deploy in the future radars for early warning of strategic ballistic missile attack except at locations along the periphery of its national territory and oriented outward. Article VI: Subject to the provisions of this Treaty, modernization and replacement of ABM systems or their components may be carried out. Article VII: ABM systems or their components in excess of the numbers or outside the areas specified in this Treaty, as well as ABM systems or their components prohibited by this Treaty, shall be destroyed or dismantled under agreed procedures within the shortest possible agreed period of time. Article VIII: To assure the viability and effectiveness of this Treaty, each Party undertakes not to transfer to other States, and not to deploy outside its national territory, ABM systems or their components limited by this Treaty. Article IX:

sipri Compendio 1984



Distribuye: SIGLO XXI DE ESPAÑA. S. A.